

creencias, la ruina de la fe antigua, cuando todavía eran vagos é indecisos los principios de una fe nueva. Hé aquí por qué Rousseau publicó la *Profesion de fe del vicario saboyano*. Marcha por el verdadero camino del progreso, porque dice á los hombres: Reformaos, si quereis reformar la sociedad.

Éste es el verdadero Rousseau: no hay mision más grande que la suya. En cuanto á sus arranques contra lo presente y sus elogios de lo pasado, no hay que darles mucha importancia: es su papel de misántropo. Pero importa dejar consignado que al alabar lo pasado á expensas de lo presente, Rousseau se ha equivocado. Los hechos en que se apoya no tienen existencia más que en su humor tétrico. En el discurso sobre las ciencias y las artes ensalza hasta las nubes á la ciudad de Licurgo, «esa república de semidioses más bien que de hombres, pues sus virtudes parecian superiores á la humanidad: ¡Oh Esparta, oprobio eterno de una vana doctrina! Mientras los vicios, conducidos por las bellas artes, entraban en tropel en Atenas, mientras un tirano reunia en ella con tanto cuidado las obras del príncipe de los poetas, tú arrojabas de tus muros á las artes y á los artistas, á las ciencias y á los sabios!» No hay de verdad en este cuadro de fantasía más que la barbarie de los Espartanos; en cuanto á sus pretendidas virtudes, no existen más que en la imaginacion de Rousseau; la historia las ignora; ¿qué digo? nos dice que los vicios reinaban en toda su brutalidad allí donde un puñado de aristócratas trataba á las poblaciones vencidas como animales.

De suerte que la historia real desmiente el cuadro imaginario de Rousseau: los Espartanos no fueron ménos corrompidos, porque despreciaban las artes y las ciencias; todo lo que ganaron con su ignorancia fué que su corrupcion fuese más grosera. Los extraños errores en que ha incurrido Rousseau prueban que la verdadera doctrina del progreso no puede levantarse sino sobre la base de la realidad, de la historia estudiada concienzudamente. El siglo XVIII era demasiado apasionado para hacer un estudio serio de los hechos; unos, la mayor parte, denigraban el pasado y lo calumniaban; otros lo fabricaban idealizándolo. Únicamente Montesquieu, entre los escritores de primer orden, tuvo genio histórico, pero fué demasiado exclusivamente histórico; se contentó con

buscar la razon de las cosas, sin investigar la ley general que rige los acontecimientos. Hubo, sin embargo, un hombre que, uniendo el gusto de la historia al de la filosofía, enarbó la bandera del progreso desde su entrada en la carrera de las letras; Turgot es, en nuestra opinion, de todos los escritores del siglo pasado, el que ha formulado con más precision la doctrina del progreso. El destino le hizo tomar parte en los negocios; trató de realizar en la vida real los progresos sociales que la nacion esperaba con tanta impaciencia. ¡Más feliz hubiera sido la Francia, si las estúpidas pasiones de las clases privilegiadas no hubieran detenido al ministro reformador!

N.º 3. — Turgot.

A la edad de veintitres años Turgot escribió un discurso, cuyo asunto era: *Los progresos sucesivos del espíritu humano* (1). Es próximamente el mismo título que dió Condorcet al famoso *Bosquejo*, que es como el testamento del siglo XVIII. ¿Cómo entendia el progreso el jóven orador? Veia en él una ley general que domina la diversidad, aparentemente infinita, de los hechos históricos. Esta variedad es tal, que pudiera creerse que proviene de la falta de una regla, y éste es ciertamente el efecto que produce en muchas inteligencias que se pierden en los detalles. Turgot señala la diferencia que existe entre los fenómenos de la naturaleza y las acciones libres de los hombres. Los primeros, sometidos á leyes constantes, se producen en un círculo de revoluciones que siempre son las mismas. En la sociedad humana, por el contrario, la razon, la libertad, las pasiones, dan lugar incesantemente á nuevos acontecimientos. ¿Quiere esto decir que domina en ellos la casualidad? No; todas las edades están enlazadas por una serie de causas y efectos que unen el estado presente del mundo con todos los precedentes. ¿Cuál es la ley que rige este encadenamiento? «Los signos multiplicados del lenguaje y de la escritura, dando á los hombres medios de asegurar la posesion de sus ideas, y de co-

(1) Obras de TURGOT (*Coleccion de los economistas*, t. II, p. 597).

municarlas á los demas, han formado con todos los conocimientos particulares un tesoro comun, que cada generacion trasmite á la siguiente como una herencia aumentada de dia en dia con los descubrimientos sucesivos; y el género humano, considerado desde su origen, aparece á los ojos de un filósofo como un todo inmenso que tiene, como cada individuo, su infancia y su progreso.»

A primera vista, el principio de Turgot parece idéntico con el de Pascal, y se contiene dentro de los límites del perfeccionamiento científico. En realidad el punto de vista del jóven filósofo abarca mucho más horizonte; se extiende á todas las manifestaciones de la actividad humana: «El interes, la ambicion, la vanagloria, hacen cambiar continuamente la escena del mundo, inundan de sangre la tierra; pero, en medio de sus desastres, *las costumbres se suavizan, el espíritu humano se ilustra*, las naciones aisladas se ponen en contacto; el comercio y la política reunen todas las partes del globo: y *la masa del género humano*, á través de alternativas de calma y de agitacion, de bienes y de males, *sigue marchando, aunque con paso lento, hácia una perfeccion mayor.*» Turgot no hace teorías; su carácter es esencialmente histórico; ha escrito el plan de dos discursos sobre la historia universal (1). Si le hubiera sido posible llevarlos á cabo, ¡qué cuadro tan magnífico poseeríamos, y cuán superior al discurso de Bossuet, que no tiene más grandeza que la majestad del lenguaje! Turgot ha sido el primero que ha determinado con precision el verdadero objeto de la historia universal: «Comprende la consideracion de los progresos sucesivos del género humano, y el detalle de las causas que han contribuido á ellos.» En esta serie inmensa de hechos, ¿qué parte debe atribuirse á la libertad humana, y qué parte al gobierno providencial? Turgot asienta que hay causas generales y necesarias en las cuales el hombre no entra para nada: lo que hoy llamamos, ya fatalismo, ya gobierno providencial. Hay ademas causas particulares y actos libres; ésta es la parte que corresponde al hombre. Hé aquí los rasgos principales de una historia, considerada bajo el punto de vista del desenvolvimiento progresivo de la humanidad. Aun cuando Turgot no haga más que indicarlos,

(1) *Obras*, t. II, p. 626.

esto basta para concederle el primer lugar entre los escritores que en el siglo XVIII se han ocupado de la investigacion de las leyes que presiden á la vida de la humanidad. Mejor dicho, es el único que se propone esta investigacion. En Voltaire es un instinto poderoso más bien que una idea; por esto sus obras históricas están léjos de responder al ideal trazado por Turgot. Hallábase ademas demasiado empeñado en la lucha apasionada con lo pasado, para apreciar con imparcialidad los hombres y las cosas. Turgot tenía la imparcialidad del historiador. ¿Nos equivocamos al atribuir esta noble cualidad á la creencia del progreso que le inspiraba?

Turgot ha dado una prueba notable de su genio histórico en el juicio que ha emitido sobre el cristianismo. No era cristiano. Se le destinaba á recibir las órdenes, y se le hacía vislumbrar un porvenir brillante en una carrera que daba riqueza, consideracion y poder. Turgot respondió á sus amigos que no comprendia sus consejos y que le era imposible seguirlos: *no podia obligarse, dijo, á llevar toda su vida una máscara sobre el rostro.* Hé aquí un libre pensador de buen temple; obra como piensa, exponiéndose á sacrificar honor y fortuna á sus convicciones. Turgot era, pues, un filósofo, pero no hay en él nada de esa hostilidad rencorosa hácia la religion que distingue á los incrédulos del siglo XVIII. Hace justicia al cristianismo, á pesar de no ser creyente. El hecho es notable y merece ser consignado. La doctrina del progreso es lo que da esa independencia de espíritu y esa indulgencia á un escritor de veintitres años. Si hay algo que censurar en la concepcion histórica de Turgot, es el ser demasiado indulgente. Dice muy bien que entre los antiguos, tan celebrados por Rousseau, reinaba la fuerza en todas las relaciones sociales. Pero ¿debe atribuirse al cristianismo la gloria de haber restablecido á la humanidad en sus derechos? La religion de Cristo no era ya conocida en el siglo XVIII; la creian social porque habia sed de reformas sociales. Esta crítica que nos permitimos hacer no es una censura. Despues de todo la indulgencia vale más que el ódio; mejor dicho, es un deber para los historiadores que juzgan á los hombres. Lo que debe evitarse es el apreciar las doctrinas con una indulgencia excesiva, que degeneraria en aprobacion de los errores. Cuando se trata de la ver-

dad, el odio es legítimo, porque no es posible amarla sin detestar la mentira.

N.º 4. — *Condorcet.*

Se insulta, se calumnia á los filósofos del siglo XVIII, en nombre de una reaccion estúpida. Cítennos los enemigos de la filosofía una figura más grande que la de Condorcet escribiendo el *Bosquejo de los progresos del espíritu humano*, en el momento en que el hacha estaba suspendida sobre su cabeza, celebrando la libertad, cuando la libertad levantaba cadalsos para él y sus amigos; por último, abandonando su asilo y saliendo al encuentro á la muerte, por temor de comprometer á la mujer animosa que exponía la vida por salvar á su huésped. Se acusa de escepticismo á los filósofos. ¡Desdichados! No creían en el cielo ni en el infierno de los católicos. Pero creían en el deber, y hacían algo más que creer; lo practicaban á costa de su vida. ¡Dios nos haga escépticos como Condorcet!

El punto de partida de Condorcet en la cuestión del progreso es el de Turgot. Cree que «la especie humana se va mejorando sin cesar, ya por nuevos descubrimientos en las ciencias y en las artes, y por consecuencia necesaria en los medios de bienestar y de prosperidad común; ya por progresos realizados en los principios de conducta y en la moral práctica; ya, en fin, por el perfeccionamiento real de las facultades intelectuales, morales y físicas.» Formula el principio con más precisión que lo había hecho nadie hasta entonces, incluso Turgot; y cosa notable, Condorcet no limita sus esperanzas al progreso social, afirma en toda regla la perfectibilidad del hombre. Habiendo llegado el último, el ilustre escritor utilizó los trabajos de sus predecesores, pero, si se aprovechó de ellos, también los aumentó.

Condorcet se pregunta en primer lugar, «si se ha señalado algún término al perfeccionamiento de las facultades humanas.» Responde: «que la perfectibilidad del hombre es realmente indefinida. Los progresos de esta perfectibilidad, ya desde hoy indepen-

diente de todo poder que quisiera contenerlos, no tienen más término que la duración del globo en que la naturaleza nos ha colocado.» Después Condorcet plantea la cuestión de la continuidad del progreso, y la resuelve también afirmativamente: «Los progresos podrán ciertamente seguir una marcha más ó menos rápida, pero nunca será retrógrada; al menos, mientras la tierra ocupe el mismo lugar en el sistema del universo, y no ocurra algún trastorno que impida á la especie humana conservar y desplegar las mismas facultades y hallar en el globo en que habita los mismos recursos.»

Se ha criticado en Condorcet un espíritu demasiado aventurero, que no tenía en cuenta los límites de una organización imperfecta, tal como la naturaleza humana. No creemos fundada esta censura. Si alguna cualidad falta al teórico del progreso, es el genio histórico. Mientras se mantiene en el terreno de los principios, es admirable. Aplica sin vacilar el principio de la perfectibilidad indefinida al desenvolvimiento intelectual. En el discurso de recepción que pronunció en la Academia Francesa (1782), se lee (1): «¿No hay un término en que los límites naturales de nuestro espíritu harían imposible todo progreso? No, señores, á medida que las luces aumentan, los métodos de instrucción se perfeccionan; parece que el espíritu humano crece y que sus límites se ensanchan. En todo tiempo el espíritu humano verá delante de sí un espacio siempre infinito; pero el que deje detrás de sí en cada momento, el que lo separe de los tiempos de su infancia, irá aumentando sin cesar.» Al parecer Condorcet se olvida de que habla de un ser imperfecto y por todas partes limitado en su desenvolvimiento, limitado por su organización y por el medio en que vive. Pero esto sería dar á su pensamiento una trascendencia que él mismo rechaza. En su *Bosquejo* dice en qué sentido entiende la palabra *infinito*, de que se sirve cuando habla de la perfectibilidad. Condorcet no quiere decir que la perfectibilidad sea infinita en un sentido absoluto, dice que es indefinida, con relación á nosotros, puesto que nos es imposible fijar un término á donde el progreso no pueda nunca al-

(1) *Obras*, t. I, p. 391, edic. de Arago.

canzar. Así explicada, la fórmula de Condorcet es completamente exacta.

Hay un progreso más problemático, y es el progreso moral. Rousseau lo había negado. Condorcet se inspira en Voltaire más bien que en su rival, y el resultado á que llega prueba que su maestro no era el gran incrédulo á quien hoy se quisiera desacreditar. En su discurso de recepción en la Academia, Condorcet rechaza la desconsoladora paradoja cantada por Horacio, de que la naturaleza humana va incesantemente degenerando y degradándose; apela á los hechos contra los que invocan los hechos mal observados: «Dignaos comparar vuestro siglo con los que le han precedido, y veréis en esas edades, cuyas virtudes eclipsadas de ménos, una corrupción más grosera unida con la ferocidad, una avidez más baja que se manifiesta con más audacia; vicios, casi desconocidos hoy, que forman el carácter y las costumbres de naciones enteras, y muchas veces hasta el crimen contado en el número de las acciones comunes y diarias.» En su *Bosquejo*, Condorcet funda el progreso moral sobre bases inquebrantables:

«Los hombres no podrían ilustrarse sobre la naturaleza y desarrollo de sus sentimientos morales, sobre los principios de la moral, sobre los motivos naturales de conformar con ellos sus acciones, sin hacer también en la moral práctica progresos no ménos reales que los de la ciencia misma. ¿No es el interés mal entendido la causa más frecuente de las acciones contrarias al bien general?..... Esa conciencia de la dignidad que pertenece al hombre libre, una educación fundada en un conocimiento profundo de nuestra constitución moral, ¿no deben vulgarizar entre todos los hombres esos principios de una justicia rigurosa y pura, esos movimientos habituales de una benevolencia activa, ilustrada, de una sensibilidad delicada y generosa, cuyo gérmen ha puesto la naturaleza en todos los corazones?..... El perfeccionamiento de las leyes, de las instituciones públicas, consecuencia de los progresos de las ciencias, ¿no produce el efecto de identificar el interés común de cada hombre con el interés común de todos? El país cuya constitución y cuyas leyes se conformen más exactamente con las aspiraciones de la razón y de la naturaleza, ¿no será aquel en que la virtud sea más fácil, en que las tentativas para apartarse de ella

sean más raras y ménos enérgicas?..... En fin, el bienestar que procede de los progresos realizados en las artes útiles, ó de una legislación justa, ¿no dispone á los hombres á la humanidad, á la beneficencia, á la justicia?»

El progreso social ocupa gran lugar en la doctrina de Condorcet. Obedece á la tendencia general del siglo XVIII, que esperaba el perfeccionamiento individual del progreso social, en lugar de empezar por la reforma del individuo para llegar después á la de las instituciones públicas. Lo que más ofendía á nuestro filósofo en el antiguo régimen es la desigualdad: había desigualdad de riqueza, desigualdad de posición social, desigualdad de instrucción. ¿Es posible destruir estas causas de desigualdad? El problema ha sido planteado en mitad del siglo XIX de una manera amenazadora, y las alarmas producidas por falsas doctrinas han lanzado á los espíritus moderados en la malaventurada reacción cuyas consecuencias sufrimos todavía. Condorcet no incurre en los excesos del socialismo. Se contenta con afirmar que las desigualdades que acabamos de indicar deben ir sucesivamente disminuyendo, pero no cree que podrán desaparecer: va más allá; no solamente sería absurdo esperar una igualdad absoluta, sino que sería peligroso destruir las causas naturales y necesarias que engendran la desigualdad. Condorcet pone el dedo en la llaga de las teorías que han extraviado á los socialistas; á fuerza de querer la igualdad, dirigen á los derechos de los hombres ataques mil veces más funestos que los males que resultan de la desigualdad.

Hasta aquí el filósofo francés está en lo cierto. Léjos de dejarse arrastrar por esperanzas exageradas, señala el escollo de estos excesos. Hay, sin embargo, una fase del progreso, respecto de la cual nos es difícil participar de la fe de Condorcet. ¿Alcanza la ley de la perfectibilidad á la constitución física del hombre? Condorcet no vacila en aplicar su principio á la medicina como á todas las demás ciencias, lo cual le lleva á las consecuencias que se le han criticado, y que tienen por lo ménos el defecto de cubrir de una especie de ridículo la doctrina de la perfectibilidad. Consignemos en primer lugar que no es cierto que Condorcet prometa al hombre la inmortalidad: «El hombre no llegará á ser inmortal, dice, pero ¿no puede ir aumentando la distancia entre el momento

en que empieza á vivir y la época comun en que naturalmente, sin enfermedad, sin accidente, experimenta la dificultad de existir?» El rigor lógico obliga al filósofo á responder afirmativamente; si no desconoce los límites de nuestra naturaleza, al ménos no los tiene muy en cuenta.

Hay otro punto que se refiere tambien á la organizacion física, y sobre el cual debemos igualmente hacer algunas reservas. Condorcet cree que las facultades del cuerpo, la fuerza, la destreza, la perspicacia de los sentidos pueden trasmitirse, y hace extensivas estas esperanzas á las facultades intelectuales y morales, lo cual abre un campo ilimitado á la perfectibilidad humana. El problema suscitado por Condorcet corresponde á la esfera de la fe más bien que á la de los hechos. Sería difícil probar que el hombre nace hoy con más inteligencia, con más amor, ó si se quiere, dotado de facultades más poderosas que los que han vivido en esta tierra ántes que nosotros. Pero, suponiendo que el hecho sea cierto, falta explicar su causa. Ahora bien, parécenos evidente que el principio del perfeccionamiento individual no puede ser más que el trabajo del individuo; si el acaso de su nacimiento determina sus facultades, y por consiguiente toda su existencia, entónces la individualidad humana desaparece, y con ella todo se derrumba; ya no somos más que máquinas. Si, pues, el hombre al nacer trae el germen de un desenvolvimiento intelectual y moral, debemos buscar la causa en él mismo y no en sus padres. Esto nos lleva á la creencia de una vida preexistente y de renacimientos sucesivos. Cuestion de fe que hemos tocado ya y sobre la cual insistiremos.

Condorcet no tiene el genio histórico de Turgot. La superioridad incontestable que ostenta en el terreno de la teoría la pierde enteramente cuando se trata de seguir los progresos del espíritu humano en la historia. En cierto sentido tiene razon al declararse contra la estupidez humana que por toda razon se contenta con este argumento de necios: *Esto se ha hecho siempre; esto no se ha hecho nunca*. Pero hay un escollo en la tendencia contraria, y es que fácilmente se desprecia el pasado, se le falsea, se le calumnia, cuando no responde á nuestras ardientes aspiraciones. Condorcet no juzga el pasado monárquico y religioso, lo condena. A sus ojos el poder real hereditario es el origen primero de la esclavitud, bajo la cual ha gemido casi siempre la universalidad del género humano; califica al sistema de sucesion de *demencia hereditaria* (1). El filósofo siente hácia la Edad Media todo el rencor de los hombres de 1789 llamados á destruir sus últimos vestigios: «Ensueños teológicos, imposturas supersticiosas, son el único genio de los hombres; la intolerancia religiosa su única moral, y la Europa, comprimida entre la tiranía sacerdotal y el despotismo militar, espera bañada en sangre y lágrimas el momento en que nuevas luces le permitan renacer á la libertad, á la humanidad y á las virtudes.» Con esto se concibe cuál debia ser la antipatía de Condorcet hácia el pontificado; no ve en los papas más que tiranos y bribones «que subyugan la ignorante credulidad de los pueblos con actos groseramente forjados; su único móvil es la avaricia y el orgullo; su fin, la dominacion, y para conseguirlo no retroceden ante ningun crimen; ordenan en nombre de Dios la traicion y el perjurio, el asesinato y el parricidio.»

Condorcet, libre pensador y hombre de lucha, no podia hacer justicia al catolicismo. Hoy nos es mucho más fácil ser imparciales. A pesar del aparato de reaccion religiosa que se ostenta á nuestra vista, el catolicismo ha muerto, y no ha de resucitar con los milagros de la Saleta, ni con las bulas sobre la immaculada concepcion. Tratándose de un enemigo vencido, debemos cuidar de no incurrir en el exceso contrario, el de una indulgencia igualmente errónea y que produciria consecuencias más funestas que la severidad excesiva de Condorcet; porque los reaccionarios se apoyan en ella para robustecer las supersticiones que encadenan al espíritu humano, al paso que los filósofos franceses lo emancipan. Entre estos libertadores de la humanidad, Condorcet ocupará siempre uno de los primeros puestos.

N.º 5.—La idea del progreso en Inglaterra.

Los enemigos del libre pensamiento suelen presentar la filosofía del siglo XVIII como una enfermedad particular de la Francia. Si

(1) Obras de CONDORCET, t. VI, p. 370, 364.